



Monika Zgustova

La intrusa

Retrato íntimo de Gala Dalí



Galaxia Gutenberg

© Drew Stevens

Monika Zgustova

Aunque nacida en Praga, Monika Zgustova reside desde los años ochenta en Barcelona. Traductora, escritora y periodista (colabora con *El País-Opinión*, entre otros periódicos, nacionales e internacionales), tiene en su haber sesenta traducciones, del checo y del ruso, de Bohumil Hrabal, Jaroslav Hašek, Václav Havel, Milan Kundera, Anna Ajmátova y Marina Tsveítaeva, entre otros, por las que ha recibido el premio Ciudad de Barcelona y el premio Ángel Crespo. Es autora de seis novelas entre las que destaca *La mujer silenciosa*, aclamada entre las cinco mejores novelas del 2005, *La noche de Valia*, premio Amat-Piniella 2014 a la mejor novela del año, *Las rosas de Stalin* (Galaxia Gutenberg, 2016) y *Vestidas para un baile en la nieve*, también publicada en Galaxia Gutenberg, premio Cálamo al mejor libro del año 2017 y seleccionada como uno de los diez mejores libros del año por *La Vanguardia*, *El Periódico* y *W Magazine*. Su obra se ha traducido a diez idiomas, entre ellos inglés, alemán y ruso, con tres de sus novelas publicadas en Estados Unidos. Ha estrenado dos obras de teatro.

Gala Dalí fue una mujer que se quiso ella misma secreta. Mientras los hombres con los que compartió su vida ganaban en notoriedad hasta convertirse en figuras universales, ella optaba por mantenerse en la sombra, hasta el punto de generar una imagen de mujer fría, altiva, egoísta, inaccesible.

En realidad, Gala fue una mujer muy distinta. En esta narración biográfica, Monika Zgustova desvela a la mujer decidida, valiente y apasionada, que supo perseguir con determinación sus anhelos y acompañar decisivamente a los tres hombres que, junto a ella, llegaron a ser grandes figuras de la poesía y el arte universales: Paul Éluard, Max Ernst y Salvador Dalí. Para los tres, Gala fue mucho más que su amante: fue la compañera que trabajaría con ellos su obra y la criticaría, y quien les dio la fuerza y la confianza para afianzarse como grandes creadores. A los tres los conoció cuando tenían entre los diecisiete y los treinta años. Y fue a través de Gala y con Gala que llegaron a ser lo que fueron.

Monika Zgustova saca a la luz aspectos hasta ahora ignorados o poco conocidos de la vida de Gala: la relación con su padre adoptivo y su familia; la influencia que tuvo en ella la amistad de adolescencia con la poeta Marina Tsvetáieva y la hermana de esta, Asia; de qué manera la Revolución bolchevique de 1917 y los años previos la marcaron para siempre; cómo a los veintidós años cruzó la Europa de la Primera Guerra Mundial, de Moscú hasta París, para reencontrarse con su amor Paul Éluard; cómo por amor a Salvador Dalí se fue a vivir con él a una cabaña junto al mar en invierno, sin comodidad alguna, y una pulmonía estuvo a punto de acabar con su vida.

De este libro emerge pues una Gala mucho más compleja, rica y apasionante de lo que hasta ahora se conocía: el retrato de una mujer que rompió con los estereotipos de su época para convertirse en una de las mujeres más decisivas en el arte y la literatura del siglo xx.

MONIKA ZGUSTOVA

La intrusa

Retrato íntimo de Gala Dalí

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2018

© Monika Zgustova, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018
Imagen de portada: Gala Dalí fotografiada por Lee Miller, c. 1930
© Lee Miller Archives, Inglaterra, 2018
Reservados todos los derechos
www.leemiller.co.uk

Conversión a formato digital: María García
ISBN: 978-84-17355-62-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Dura como un minúsculo guijarro marino,
sensata como una mujer amante y amada,
apasionada como una amante abandonada,
tierna como la madre de un hijo en peligro,
dulce como un hijo enfermo,
silenciosa como el corazón de un bosque infinito,
enamorada como un joven animal ciego,
fría como una fruta a la sombra,
fuerte como los brazos abiertos de un roble milenario,
protectora como una gruta húmeda,
inocente como el huevo que acaba de abrirse,
pura como un hombre que recibe la extremaunción,
hábil como la trompa de una abeja vampira de las flores,
ágil como la carrera de una raíz por un suelo rocoso,
buena como el agua fresca de una fuente un día de mucho
calor.

GALA DALÍ

I

LA MONTAÑA MÁGICA

La chica con el abrigo de piel bajó del tren en la estación suiza de Davos. Había subido en Moscú y el viaje, con varios trasbordos, había durado tres días. Y todavía tenía que desplazarse hasta un sanatorio en lo alto de las montañas nevadas. Empezaba el invierno de 1912.

Una vez en Clavadel –así se llamaba el sanatorio especializado en tuberculosis– la joven admiró las montañas a su alrededor: Les Grisons, le informó la enfermera que le había acompañado a su habitación. Entre las nubes se entreveía el sol, pero la muchacha de dieciocho años no se alegró porque sentía nostalgia de su hogar, sus padres y hermanos. Y también de la casa de los Tsvetáiev en la calle Tr-vojprúdny.

Allí Gala pasaba cada día varias horas en compañía de sus amigas, las hermanas Asia y Marina. Marina era una poeta joven que para Gala era la gran poeta rusa; conocía sus versos de memoria. Asia era su compañera de escuela, en el mejor instituto femenino de Moscú. Gala –que en Moscú se llamaba Galia– recordó que un día fueron con Asia a comprarle un sombrero. Fue a principios de aquel mismo año en la Costa Azul donde Gala-Galia se curaba de tuberculosis. Gala tenía entonces aspecto de adolescente, en cambio Asia parecía ya una señorita. La vendedora le

preguntó a Asia: «¿El sombrero es para su hija?». Y las amigas se echaron a reír sin poder parar.

Con Asia solía dar largas caminatas por Moscú, recorriendo sus plazas y bulevares sin pensar mucho en los deberes, con más razón aún porque Gala solía sacar sobresalientes en todas las asignaturas, especialmente en literatura y pintura. Fue durante sus paseos con Asia cuando desarrolló el hábito de caminar, tanto por las ciudades como por el campo.

—¡Basta! —se ordenó a sí misma.

No era la primera vez que Gala, cuyo verdadero nombre era Elena Dmítrievna Diákonova, se trataba a sí misma con brusquedad; no se permitía caer en la nostalgia. Su padre, al que perdió a los once años, había deseado que fuera Elena aunque su madre hubiera preferido el nombre de Galina. Su madre, Antonina Diákonova, y con ella todos los de su casa, además de sus amigos, la llamaba siempre Galia o Gala.

Gala había nacido el 7 de septiembre de 1894 en Kazán, una ciudad junto al Volga marcada por tradiciones asiáticas ancestrales, que se caracterizaba por ser una ciudad de mujeres fuertes y sensuales. El apellido de soltera de su madre, Deúlina, es un típico apellido tártaro de la región del Volga, aunque su madre provenía de Siberia, donde su familia tenía minas de oro. Pero Gala añoraba sobre todo Moscú con sus bulevares, la bien surtida biblioteca de su padre, envidia de sus invitados, y la casa de los Tsveítaiev, siempre llena de vida intelectual.

Mientras contemplaba las nubes que rodeaban el edificio y las altas montañas —el sanatorio se encontraba a 1.700 metros de altura— la muchacha intentaba luchar contra la melancolía, a veces con éxito pero muchas otras en balde. Se le aparecían imágenes de su madre y de su padrastro, al que Gala llamaba padre porque lo consideraba sinceramente su padre verdadero y que era una de las personas que más quería, hasta el punto de cambiar su patronímico

de nacimiento, Ivánovna, a Dmítrievna; su segundo padre se llamaba Dmitri, Dmitri Ilich Gomberg, y era un abogado moscovita conocido. Su madre se casó con él poco después de la muerte de su primer marido. Si en un principio la familia habitaba una vivienda alejada del centro –un piso donde siempre olía a cebolla y los cubiertos eran de estaño, según Gala había oído decir a algunas de sus compañeras de clase–, al cabo de pocos años la familia se mudó a un piso grande en el barrio céntrico de Arbat, relativamente cerca de la casa de los Tsvetáiev.

Esas imágenes de su familia y amigos se le aparecían como fotos a la hora de despertarse, la de las comidas y durante los varios reposos que los pacientes estaban obligados a guardar cada día. A veces tenía ganas de llorar al ver que otros pacientes estaban acompañados por los miembros de su familia. Pero se lo prohibía rápidamente: nada de llantos. Ese no era su estilo. Gala encerraba la tristeza en su interior y de cara para fuera mantenía la cabeza bien alta. Ella nunca retrocedía, siempre avanzaba.

En Suiza no tenía problemas de comunicación: en la escuela había aprendido el alemán y en casa hablaba el francés con Justine, el ama de llaves suiza. Sin embargo, nunca se deshizo de su acento ruso melódico y cadencioso que le proporcionaba cierto aire de misterio.

Estaba enferma. El médico del sanatorio había dicho que la tuberculosis estaba en su fase inicial y por lo tanto era fácil de curar, pero Gala no se fiaba de los médicos. De hecho no confiaba en nadie. Salvo en sus padres, claro. Lo que no le dijo al doctor era que sus padres estaban preocupados no solo por su dolencia física sino también por los frecuentes cambios en su estado de ánimo, que iban de la euforia a la más profunda melancolía, y por su condición mental; la muchacha había empezado a tener ataques de pánico. Pero seguramente el doctor lo tenía todo documentado en sus papeles porque le dijo como de paso que la tuberculosis puede venir acompañada de algún trastorno

mental, nada grave. Luego le preguntó si se iba adaptando a su casa nueva en las nubes o si sentía añoranza. Le contestó que estaba bien, que no le faltaba nada y que hacía todo lo que podía para curarse. Nunca dejaba entrever a nadie sus reflexiones ni su estado de ánimo, con más razón aún por sentirse extraña en ese sanatorio que parecía un hotel de lujo adonde la gente acudía para descansar en el aire de montaña y la canción del viento.

Ella no tenía a nadie. Entraba sola en el comedor donde los comensales disfrutaban de los platos copiosos y buenos vinos que les recomendaban los médicos, y la miraban sin interés, despreocupados, sonrientes, bien acompañados. Al ver sus ojos indiferentes perdidos en ella, la muchacha tenía la sensación de que pensaban: «Pobre chica, tan joven y no tiene a nadie...». Pero ¡no era una pobrecita! Ella era una joven instruida, había acabado el instituto para muchachas y pronto entraría en la universidad. Sin embargo, sentía que allí era una intrusa, la muchacha solitaria, la rara. Y cuanto más triste se sentía más alta mantenía la cabeza y más impenetrable persistía la expresión de su rostro.

Su consuelo era el icono de la virgen negra de Kazán a la cual rezaba al despertarse y al acostarse. Estaba convencida de que mientras tuviera el icono a su lado la virgen la protegería. Y los volúmenes de Tolstói y Dostoievski que había traído consigo de Moscú. Sobre todo Dostoievski, ¡qué bien comprendía las debilidades humanas! Luego descubrió una biblioteca en el sanatorio y casi cada día pasaba allí un tiempo leyendo, escribiendo cartas a sus padres y familiarizándose con todos aquellos libros que desconocía, un mundo ignorado que ansiaba descubrir.

Fue allí donde se fijó en un chico alto y rubio de su edad –o algo más joven– que también leía mucho. Hablaba en francés con la señora que le acompañaba y que sin duda era su madre; a menudo se referían a cosas que sucedían en París. «La ciudad anhelada, ¡París!», pensó ella. Cuántas veces habían soñado con Asia y Marina, sentadas

en el pequeño sofá de la sala de estar de los Tsvetáiev, con viajes, trenes, ciudades nuevas, sobre todo París.

Un día vio que el muchacho escribía un poema. Al día siguiente, a la hora del descanso en las tumbonas dispuestas en el jardín de invierno, donde los pacientes tomaban baños de sol en una galería acristalada, lo descubrió a unos metros de distancia, separado de ella por varios pacientes. En una cuartilla esbozó un sencillo dibujo de él con forma de triángulo, titulado *Retrato de un joven poeta de diecisiete años* y se lo envió a través de los pacientes que los separaban. «Triangulísimo», escribió el chico y le devolvió la hoja por el mismo camino. Entonces Gala le hizo llegar una orden: «Esta noche usted cena conmigo.» La respuesta del joven rezaba: «Soy su discípulo.»

Aquella noche cenaron, naturalmente, con la madre de Eugène-Paul Grindel. Y gracias a esa cena, a partir de entonces Gala tenía una mesa a la que acudir para no encontrarse sola a la hora de las comidas. Además, la madre de Paul no tardaría en volver a París, dejando a su hijo al cuidado de las enfermeras. De modo que Gala pasaba días enteros en compañía de Paul. Ella, una joven madura que había llegado a cruzar media Europa sola, y él, Paul –así le llamaba ella, Paul– un adolescente de diecisiete años. Gala y él se convirtieron en inseparables. Hablaban sobre todo de literatura; el escritor al que adoraba Gala era Dostoievski; el de Paul, Victor Hugo. Gala, que hablaba el francés a la perfección, con su acento suave, mencionó a Marina Tsvetáieva, su amiga poeta, pero ¿cómo podía conocerla un joven parisino si aún no la conocía ni la mayoría de la intelectualidad rusa?

Paul no escondía sus orígenes humildes ni su familia pequeñoburguesa a la que le asustaba todo lo nuevo o extraño; Gala no decía nada porque a su padre, un abogado liberal e intelectual, nunca le había faltado dinero y, nómada como su mujer, siempre había intentado abrirse al mundo.

La muchacha estaba encantada de que su nuevo amigo fuera poeta. Ella le prestaba todo su apoyo a la hora de escribir; le incitaba a la creación y le gustaba estar presente mientras él trabajaba. Desde que había conocido a Marina, sentía admiración por los poetas y por los creadores en general. Paul, casi un niño, se dio cuenta de que su amiga era mucho más madura que él y se sometió a su tutela con placer.

El sanatorio, donde la muerte era algo cotidiano, hacía lo que podía para distraer la atención de los pacientes y sus familias de la gente que moría. En febrero celebraba el carnaval con una fiesta de disfraces. Para el *mardi gras*, Gala decidió que ella y Paul llevarían el mismo traje: el de Pierrot. Entre las Carmen de Bizet, los maharajás y las Cleopatra destacaba una pareja vestida de blanco y negro: con las caras maquilladas, las cejas arqueadas y los ojos pintados con rímel, ambos jóvenes iban cogidos de la mano y bailaban siempre juntos como un solo cuerpo indivisible; no se distinguía al hombre de la mujer, ambos eran seres andróginos y asexuados como dos ángeles, como una sola persona reflejada en el espejo. Gala llevaba en el pecho la silueta de un gato, su animal preferido; seguramente sentía que en más de un aspecto ella misma tenía mucho en común con los felinos, sobre todo la sensualidad y la independencia. Fue aquella noche cuando los Pierrot empezaron a tutearse.

*Ma vie est terrestre mais belle
Mon idéal n'est plus aux cieux,
Et je lance ma ritornelle
Pour les étoiles... dans tes yeux!*¹

Ese es el poema que escribió Pierrot-Paul y lo lanzó al regazo de Pierrot-Gala. Poco después Paul empezó a firmar sus poemas como Paul Éluard.

EL ACONTECIMIENTO QUE TRASTORNARÍA LA VIDA

Tras más de un año de enamoramiento en el ambiente cerrado del sanatorio en la montaña mágica encima de Davos, a Paul y a Gala les dieron el alta: en abril de 1914 los consideraron curados. Gala volvió sola a Moscú, a Paul le fue a buscar su madre para llevárselo a París. Antes de separarse, los *amoureux* se juraron amor eterno, convencidos de que volverían a encontrarse muy pronto.

Ninguno de los dos podía intuir que solo tres meses más tarde Austria-Hungría declarararía la guerra a Serbia y así empezaría un conflicto bélico que pronto se convertiría en mundial. Y aquella guerra se llevaría a Paul primero a la retaguardia y luego, a petición del joven, guiado por el sentimiento de solidaridad con los soldados, a las trincheras.

Gala pasó la guerra en Moscú, en el piso del barrio céntrico e histórico de Arbat donde ahora vivía con su familia. Ya entonces se hacían notar los primeros avisos del acontecimiento que se avecinaba y que trastornaría la vida de la ciudad y del país entero: la revolución.

«Fue en aquel mismo piso –apuntó Gala más tarde–, donde nos tocó vivir uno de los periodos de agitación y nerviosismo preliminares a los grandes acontecimientos decisivos. Moscú llevaba ya algún tiempo preparándose para sucesos terribles; la ciudad estaba inquieta, circulaban por todas partes rumores inquietantes. Un día, hacia las siete de la tarde, cuando estábamos cenando, todos sufrimos una fuerte impresión y luego nos quedamos horrorizados por unos ruidos espaciados y ensordecedores como si una fuerza colosal arrojase al suelo desde muy alto una enorme cantidad de hierros viejos. El ruido parecía ir acercándose más y más, ya estaba muy cerca y era formidable, nos parecía que sonase en nuestro patio. María, la cocinera, una

mujer bastante vieja que estuvo veinte años al servicio de mis padres, se puso a llorar y a agitarse, salió un momento y reapareció llevando a la espalda un gran fardo en el que había metido sus bienes más preciados. Se arrodilló y pidió perdón a mi padre y a mi madre, suplicándoles que la dejaran escapar de la catástrofe que se avecinaba. Después de abrazarnos entre sollozos, abrió la puerta para salir, pero se encontró con un soldado con una bayoneta que la empujó de vuelta al vestíbulo mientras la insultaba groseramente, aunque añadiendo un tierno "abuelita". Luego, gritando: "Nadie puede abandonar esta casa", cerró la puerta y nos dejó solos. Ya muy avanzada la noche cesó la fusilería y los cañonazos; cañonazos, porque incluso trajeron unos cañones pequeños y a la mañana siguiente se empezó a hablar de una intriga o complot combinado por el cuartel general de la policía, que estaba contiguo a nuestra casa.»

VIAJE A TRAVÉS DE LOS PAISAJES DE LA GUERRA

Tras su experiencia en Davos, Gala vivía con la conciencia de que la vida puede acabarse en cualquier momento porque la muerte acecha en todas partes. Tenía ganas de vivir al máximo pero su amor estaba lejos. La chica recayó en la enfermedad. Pasaba días solitarios encerrada en su habitación con el termómetro en la boca y una pluma en la mano: escribía a diario a Paul y no respiraba sino para el reencuentro. Pero los paisajes que separaban a Paul de Gala eran los de una lucha a muerte y mucha sangre derramada.

En 1916, tras dos años de negativas, Gala logró convencer a su familia para que la dejaran ir a París a pesar de la guerra. Entonces escribió a Paul: «Lo hago todo por ti, siempre lo haré todo por ti. No puedo vivir sin ti, te echo